

Ortega y Gasset en las letras argentinas: Mallea, Marechal, Canal Feijóo

LA FUNCIÓN PROFÉTICA DEL EXTRANJERO

A Ortega y Gasset le gustaba reflexionar sobre el papel y la función del extranjero en la vida de los individuos o de los pueblos: «El extranjero es el transeunte que roza un momento nuestra existencia (...) Dos existencias, que un momento antes se ignoraban por completo, gozan de un roce subitáneo y fugaz en la inmensidad del espacio»¹.

El extranjero es comparable a la tangente que viniendo «de vagas ultranzas, de lejanos lejos, tal vez de infinitudes», llega a la curva, la toca un solo instante y en un solo punto, para seguir sin demora su vuelo de ave migratoria hacia otras ultranzas, hacia problemáticos lejos, hacia nuevas infinitudes»². Y Ortega se pregunta ¿cuál será el íntimo estremecimiento de la curva al sentir que esa tangente la toca un sólo instante y en un punto?»³.

El extranjero suscita emociones casi religiosas, Ortega observa que Platón solía hablar del «divino extranjero». En la tradición bíblica, además, el forastero es portador de un mensaje, cumplimenta una misión⁴.

El pensador español tuvo la íntima sensación de que —en sus visitas a la Argentina— podía aportarnos una perspectiva de nosotros mismos iluminadora y a la vez incitante, dirigida tanto a nuestras conciencias como a nuestras voluntades, perspectiva surgida de la mirada y de la reflexión del filósofo pero también de un sentimiento de ardiente afecto a nuestro país.

Continuando con la metáfora orteguiana, la curva (Argentina) fue ro-

1. José Ortega y Gasset. «Discurso en la Institución Cultural Española de Buenos Aires» (1939), en *Meditación del pueblo joven*, Buenos Aires, Emecé, 1958m p. 37.

2. *Ibid.*, pp. 37-38.

3. *Cf. Ibid.*, p. 37.

4. *Cf.* Libro de *Tobías*, donde el Arcángel Rafael aparece como un visitante de otra región.

zada por la tangente (Ortega) en tres oportunidades: en 1916, en 1928 y en 1939. A este contacto directo debe sumarse la amplia difusión entre nosotros de su obra personal escrita, así como de la *Revista de Occidente*, por él dirigida⁵.

El polifacético pensamiento de Ortega fue, pues, ampliamente conocido y despertó profundas reacciones, sobre todo en el grupo de escritores nacidos aproximadamente con el siglo y que nuestra historiografía literaria más difundida denomina «generación del 24». El influjo de Ortega siguió perdurando en promociones sucesivas y de un modo especial en aquellos que tuvieron oportunidad de escuchar su palabra brillante y elocuente, en sus sucesivas visitas.

ALGUNAS PRECISIONES EN TORNO A NUESTRO ENFOQUE

Con el propósito de limitar el análisis, seleccionaré del ancho campo de la meditación estética, filosófica y sociológica⁶ de Ortega sólo algunas de las reflexiones incluidas en sus ensayos sobre la Argentina. De la vasta repercusión que tuvieron estas observaciones orteguianas en nuestras letras, examinaré sólo ciertos ecos en la obra de tres escritores: Eduardo Mallea, Leopoldo Marechal y Bernardo Canal-Feijóo.

Parto para este análisis de dos conceptos, también orteguianos: el del *lector como colaborador* y el de *reverberación* literaria, filosófica o crítica.

Ortega decía que «es siempre la *lectura una colaboración*»: co-laboración, co-elaboración, incitación y respuesta, trabajo en común. Mallea, Canal-Feijóo, Marechal co-elaboran las ideas de Ortega: las aceptan, las refutan, las continúan, las recrean, completan su significación; les hacen variar su sentido al contextualizarlas en sus discursos ensayísticos personales, en sus propias reflexiones y expresiones.

Si bien no es este el lugar para intentar sistematizar las lúcidas reflexiones de Ortega sobre las diversas instancias del proceso de comunica-

5. Las visitas de Ortega a la Argentina han sido reseñadas por Antonio Lago Carballo. «Ortega y Gasset y Argentina: cuarenta años después de su regreso», Madrid, Colegio Mayor Argentino Nuestra Señora de Luján, 1982, 19 pp.; Diego F. Pro. «Ortega y Gasset y nosotros», Mendoza, CADEI, *Estudios de Filosofía Argentina y Americana*, Cuadernillo N.º , oct. 1985, 38 pp. (Este excelente estudio enmarca las visitas de Ortega en el panorama filosófico argentino de la época); Máximo Etchecopar. «Ortega, nuestro amigo», en *Historia de una afición a leer*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, pp. 59-91; Julián Marias: «El descubrimiento de América», en *Ortega II. Las trayectorias*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 77-89; Leonor Arias Saravia. «Ortega, mentor de una generación de agonistas argentinos», en *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 1987, pp. 431-438. Otras referencias pueden verse en Udo Rukser. *Bibliografía de Ortega*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 43-95.

6. Cf. la excelente sistematización del pensamiento de Ortega realizada por Julián Marias. *Ortega I. Circunstancia y vocación*, Madrid, Revista de Occidente, 1960, 270 pp. y *Ortega II. Las trayectorias*, ed. cit. Seleccionamos este nombre por su carácter abarcador, ya que existe muy amplia bibliografía sobre las diversas facetas de la obra de Ortega.

ción, conviene recordar que se expresó con gran claridad con respecto a lo que la teoría literaria ha dado en llamar «el lector implícito» o «lector implicado»:

Se olvida demasiado que todo auténtico decir no sólo dice algo sino que lo dice *alguien a alguien*. En todo decir hay un emisor y un receptor los cuales no son indiferentes al significado de las palabras. Este varía cuando aquéllos varían. *Duo si idem dicunt non est idem* (...). Por eso yo creo que un libro sólo es bueno en la medida en que nos trae un diálogo latente, en que sentimos que el autor sabe imaginar concretamente a su lector y éste percibe como si de entre las líneas saliese una mano ectoplasmática que palpa su persona, que quiere acariciarla —o bien, muy cortesmente, darle un puñetazo.

Otro útil concepto orteguiano, no muy desarrollado pero sí reiterado en sus ensayos, es el de *reverberación*, entendida como respuesta a una determinada incitación textual, dada por otro escritor-creador o crítico—, no con frío objetivismo científico, sino con el calor del propio temple literario y de la respuesta personal, metaforizados por la luz solar que se refleja con calidez en la *reverberación*. Así, dice Ortega, por ejemplo, que «la verdadera crítica consiste en potenciar la obra o el autor estudiados... y obtener de ellos, un maximum de reverberación culturales»⁸.

En realidad, estas ideas de Ortega anticipan muchas nociones elaboradas por la crítica y la teoría literaria desde la óptica del proceso de la comunicación, especialmente aquellas que tienen en cuenta no sólo al sujeto o emisor de un texto literario o cultural, no sólo al texto mismo, sino también al receptor o lector, que en cada lectura renueva y actualiza el mensaje. En este proceso teórico-crítico, la estilística constituyó un hito importante pues, al hacer el estudio de las influencias y de las fuentes literarias, desplazó la focalización desde la fijación de las procedencias hacia las novedades en la recreación de las mismas. Ya no interesaba tanto averiguar de qué cantera había sacado el artista el mármol, sino qué había hecho el artista con él⁹.

Este desplazamiento del punto de observación, en el estudio del proceso de la comunicación y de sus manifestaciones literarias, se enriqueció notablemente con los aportes de la estética de la recepción, elaborada por la «Escuela de Constanza», para la cual la noción de *recepción* es entendida en el doble sentido de acogida (o apropiación) y de intercambio. La

7. José Ortega y Gasset, «Prefacio para franceses», en *La rebelión de las masas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1937, p. 9. Los subrayados son míos.

8. Citado por J. Marias. *Ortega I*, p. 282, quien cita a su vez *OC* de J. Ortega y Gasset, I.^a ed., Madrid, Revista de Occidente, 1946-47, p. 311. (El subrayado es de J. Marias).

9. «Siempre se han estudiado las fuentes de un autor o de una obra (...). Pero se ha hecho por intereses históricos, para fijar procedencias. Este es el punto de llegada de la crítica tradicional. Para la estilística es punto de partida, y se pregunta: ¿qué ha hecho con esas fuentes mi autor o mi época? ¿... Cuál es la alquimia, qué originales y triunfantes intenciones le han dado vida de criatura nueva?...». Amado Alonso. «Carta a Alfonso Reyes sobre la estilística», en *Mateira y forma en poesía*, 2.^a ed., Madrid, Gredos, 1960, p. 80.

recepción estética comporta un doble sentido, activo y pasivo a la vez. El lector o destinatario puede reaccionar de modos muy diferentes, seleccionando parte del mensaje emitido, admirándolo o rechazándolo, comprendiéndolo, interpretándolo, suscribiéndolo, aplicándolo. Las formas de la recepción admiten una escala que va desde *la reminiscencia* a *la variación*, pasando por varios grados. El receptor tiene, por lo tanto, un rol activo y hay una relación dialógica entre el texto y los receptores, que puede derivar en diálogo de los receptores entre sí.

Los ensayos de Ortega y Gasset fueron, pues, activamente recibidos por los argentinos, con matices que variaron desde el rechazo ofendido a la admiración. Pero es importante señalar que suscitaron un amplio diálogo de textos, algunos de los cuales vamos a enfocar.

Es mi propósito pues —volviendo a la terminología orteguiana que dio origen a estas precisiones— examinar algunas de las *reverberaciones* de Ortega en *Historia de una pasión argentina* (1937) y *La vida blanca* (1960), de Mallea; en *Adán Buenosayres* (1948) de Marechal y en *Confines de Occidente* (1954) de Bernardo Canal-Feijóo. Para ello, entablaré mi propio diálogo con estos autores, dando origen así a una nueva reverberación.

ALGUNAS IDEAS DE ORTEGA SOBRE LA ARGENTINA

Recordemos, primera y sucintamente algunas de las ideas de Ortega sobre la Argentina, particularmente aquellas recogidas en el tomo II de *El Espectador*¹⁰ (que reúne ensayos publicados entre 1916 y 1934) y en el volumen *Meditación del pueblo joven*¹², que en 1958 reunió, póstumamente, escritos inéditos o dispersos. Mi enunciación de algunas ideas orteguianas procede de sus «Impresiones de un viajero» (1916), «El deber de la nueva generación argentina» (1924), «Carta a un joven argentino que estudia filosofía» (1925), «El hombre a la defensiva» (1929), «La pampa... promesas» (1930), el «Discurso en la Institución Cultural Española de Buenos Aires (1939) y la conferencia «Meditación del pueblo joven» (1939).

En sus «impresiones» de 1916¹³ predomina la visión positiva: el pue-

10. Cf. Hans Robert Jauss, «Estética de la recepción y comunicación literaria», en *Punto de Vista*, Buenos Aires, año IV, n.º 12, jul.-oct. 1981, pp. 34-40. Allí afirma —en síntesis— que el sentido de una obra se constituye siempre de nuevo como resultado de la coincidencia de dos factores: el horizonte de expectativa (o código primario), implicado en la obra, y el horizonte de experiencia (o código secundario) suplido por el receptor. (p. 34).

11. Cf. José Ortega y Gasset, *Obras completas. T. II. El Espectador (1916-1934)* 6.ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1963, 746 p. (En adelante *EE*).

12. Cf. José Ortega y Gasset, *Meditación del pueblo joven*, ed. cit. (En adelante *MPJ*), citaré por esta edición, salvo nota 13).

13. Cf. «Impresiones de un viajero», en *MJP*, 2.ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1966, pp. 1-17. (Este ensayo —que apareció por primera vez en la revista *Hebe*, Bs. As.,

blo criollo ha hecho de su Nación un lugar poroso para hombres de todas las razas y religiones. El consecuente peligro de falta de cohesión es soslayado por el «talento del Estado». Si bien la sangre criolla es escasa, logra absorber y teñir con su peculiar matiz de civilidad a los inmigrantes. La identidad argentina, su peculiar manera de ser en el mundo, lo que Ortega llama «la figura espiritual argentina» no está aún del todo descubierta: «No sé cual será esa figura, pero me alejo de esta costa austral seguro de que será» (p. 16). Observa, además, inmensa potencialidad en la tierra y en la raza (p. 16). No obstante el tono entusiasta y alentador de éstas primeras impresiones de viajero, capta algunos aspectos negativos: señala la desproporción entre la preocupación económica y las otras preocupaciones o actividades. Este exagerado culto al lucro proviene del origen colonial del país y ha sido agravado por el fenómeno inmigratorio (p. 11). Ortega amonesta: el argentino debe cultivar la preocupación sobre-económica (p. 11 y ss.). Observa también demasiados argentinos «satisfechos» y advierte: «La historia humana es obra del descontento» (p. 16).

En «El deber de la nueva generación argentina» (1924)¹⁴ exhorta a los jóvenes intelectuales a «una férrea disciplina interior», dura, sin abandonos ni flojera. Esta disciplina, está ascética, es propia de las minorías selectas, auténticamente rectoras, que sólo por el ejercicio del esfuerzo se distinguen del vulgo:

El hombre que se impone a sí propio una disciplina más dura y unas exigencias mayores que las habituales en el contorno, se selecciona a sí mismo, se sitúa aparte y fuera de la gran masa indisciplinada donde los individuos viven sin tensión ni rigor, cómodamente apoyados los unos en los otros y todos a la deriva, vil botín de las resacas (p. 16).

Así dice brillantemente Ortega, con frases que remiten a su libro *La rebelión de las masas* (1930) y agrega que los auténticos forjadores de naciones, tanto en el plano del teorizar como en el del actuar, son aquellos que se imponen más duras obligaciones que los demás: «*Noblesse oblige*», recuerda (pp. 16-17).

Estas ideas se completan en «Carta a un joven argentino que estudia filosofía» (1925)¹⁵. Nuestra juventud tiene mucha fuerza vital pero le falta disciplina, tiene curiosidad pero le falta rigor mental para «hacerse dueño de las cosas», le sobra énfasis, le falta precisión.

El americano propende al énfasis y al narcisismo; usa de las cosas como un espejo para contemplarse, no para penetrarlas, entenderlas, diagnosticarlas, modificarlas: «mientras esto no varíe dependerán ustedes

1918, n.º 5, pp. 11-19— no está incluido en la 1.ª ed. de *MPJ* realizada por Emecé. La ed. que citamos de *Revista de Occidente*, cuya 1.ª ed. es de 1962, incluye una selección de ensayos sólo parcialmente coincidente con la de Emecé. Figura, por ejemplo: «Por qué he escrito: "El hombre a la defensiva"», no incluido en la ed. de Bs. As.).

14. *MPJ*, pp. 11-19.

15. *EE*, pp. 347-351.

íntegramente de Europa en el orden intelectual» (p. 348), nos dice, y esto ocurre porque somos receptivos a toda idea europea pero la falta de una rigurosa disciplina dificulta la reacción creativa y crítica que juzga, refuta, valora o adapta la idea recibida o produce nuevas ideas. La sensibilidad capta de fuera adentro; el criterio científico-literario va de dentro afuera, de la mente a las cosas, a las realidades (p. 349). Ortega exhorta a los jóvenes a ejercitar este último camino.

Estas ideas se reiteran y completan en la conferencia pronunciada en 1939 en La Plata: «Meditación del pueblo joven»¹⁶, donde intensifica su prédica: «¡Argentinos, a las cosas, a las cosas! Déjense de cuestiones previas personales, de suspicacias, de narcisismos...» (p. 57).

Allí nos exhorta a dejarnos penetrar por la realidad, a ocuparnos y preocuparnos de ella directamente (p. 57), sin intermediación de ideologías, modas o actitudes importadas. Debemos pensar e interpretar la realidad y actuar sobre ella con verdad.

Estas ideas orteguianas se enlazan con el diagnóstico del argentino que hace en «El hombre a la defensiva» (1929)¹⁷. La experiencia de su segundo viaje, de su segundo contacto tangencial, disipan algo del encantamiento del primer encuentro y acentúan su visión crítica. El afecto por nuestro país sigue vivo, pero Ortega tiene cierta conciencia de misión profética con respecto a nosotros, siente que su amor a la Argentina lo obliga a predicar oportuna e inoportuna, no sólo halagando sino también fustigando. El núcleo principal del artículo denuncia la falta de autenticidad que observa en muchos individuos argentinos: no asistimos a su vivir espontáneo sino a su *representar*, no a su cara sino a su careta: «El argentino actual es un hombre a la defensiva» (p. 649) a quien le falta fluidez y le sobra empaque, que se preocupa excesivamente por su figura o su puesto social y que se siente siempre inquieto porque, en el fondo, no tiene la conciencia tranquila con respecto a la plenitud de sus títulos y de sus derechos para ocupar ese puesto. Los «puestos» surgen antes que los hombres capaces de llenarlos, por lo cual los hombres se improvisan y la audacia es la forma cotidiana del trato (p. 652).

Esta escisión entre la persona auténtica y la figuración social, *rôle* o papel, está más acentuada en el hombre aún no argentinizado, traído por el mar, quien siente al país como factoría, que en el hombre propiamente argentino, plasmado por la tierra: «durante unos años la Argentina sufrirá de histórica indigestión», afirma (p. 654).

A partir de estas razones, hace un diagnóstico tal vez injusto, si se lo absolutiza, aunque pueda definir a muchos: «el argentino es un hombre admirablemente dotado que no se entrega a nada, que no ha sumergido irrevocablemente su existencia en el servicio a alguna cosa distinta a él»

16. *MPI*, pp. 53-81.

17. *EE*, pp. 642-643. Cf. complementariamente: «Por qué he escrito "El hombre a la defensiva"», *OC IV* y en *La Nación, Rev. Semanal*, Bs. As., año I, n.º 41, 13 ab. 1930, p. 2.

(p. 656). Sin entrega radical a un modo de vida, los gestos y otras emanaciones de esa vida carecen de plena sustancia, son ademanes vacíos (p. 656). El argentino no se instala en sí mismo sino que vive en perpetua deserción de sí, se traslada a vivir *al personaje* que imagina ser.

Esta deserción del sí mismo de los individuos en particular y del pueblo argentino en general obedece al narcisismo ya apuntado: al continuo contemplar y tratar de proyectar una imagen desfasada del yo más profundo. Otra causa de esta deserción está en que la idea que el argentino tiene de sí mismo no es memoria de hazañas cumplidas sino más bien una voluntad y un proyecto que dista de la situación real.

Esta idea enlaza «El hombre a la defensiva» con «La Pampa, promesas...» (1930)¹⁸. En viaje de Buenos Aires a Mendoza medita Ortega sobre la pampa. En casi todo paisaje la mirada se fija primero en lo que está en primer término, luego en el trasfondo (p. 637). En la pampa es al revés: la vista va al horizonte, a los boscajes lejanos: constante y omnímoda promesa: «Acaso lo esencial de la vida argentina sea eso, ser promesa», ser esperanza. Cuando esas promesas no se cumplen quedan los hombres atónitos, vacíos. Falta atención al presente: «una de las cosas menos frecuentes en la Argentina es hallar a alguien que tenga puesta su vida primariamente a vivirla y sólo secundariamente a ésta o la otra meta parcial dentro de la vida» (p. 642).

LA RECEPCIÓN DE ORTEGA EN LA OBRA DE EDUARDO MALLEA

¿Cómo reelabora Mallea estas ideas de Ortega?

En entrevista realizada por Odile Baron Supervielle¹⁹, el argentino mencionó a Ortega entre las personas que más lo habían impresionado por su inteligencia y por su personalidad. Una de las grandes líneas de reflexión de Mallea es, precisamente, la Argentina y los argentinos como problema, reflexión que canaliza no sólo en sus ensayos, sino también en sus novelas. Dos de sus ensayos, con fuertes rasgos autobiográficos, son paradigmáticos de este análisis fervoroso: *Historia de una pasión argentina* (1937)²⁰ y *La vida blanca* (1960)²¹. Las resonancias de los diagnósticos de Ortega en estas obras llegan a tener valor estructuralmente y subyacen en la concepción total de los textos.

Como es bien sabido, son medulares en *Historia de una pasión argentina* los capítulos III y IV, en los que Mallea delinea dos Argentinas: el país visible y el país invisible. El estímulo para la observación —si bien no surge, como en Ortega, de la perspectiva del hombre venido de

18. *EE*, pp. 635-642.

19. Eduardo Mallea. *Historia de una pasión argentina*, 6.ª ed., Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1969, 159 p. (En adelante *HPA*, citaré por esta edición).

21. Eduardo Mallea. *La vida blanca*. Buenos Aires, Sur, 1960, 181 pp. (En adelante *LVB*, citaré por esta edición).

afuera— no está exento de la claridad perspectivística que da a la mirada el estar habituada a otros horizontes. En el caso de Mallea es la perspectiva del hombre nacido en provincia (Bahía Blanca), con raíces ancestrales en San Juan, que llega a la Metrópoli y contrastivamente mira una nueva realidad, con asombro, pero también con desgarramiento, porque esa realidad que percibe como negativa, también se pertenece.

Mallea, como Ortega, ve en el hombre de Buenos Aires una sorprendente aptitud receptiva de cultura, un «brillo dérmico» de la inteligencia que no logra transformar lo captado. Esa falta de transformación, malogra incluso la asimilación. Mallea, como Ortega, ve también en Buenos Aires y en el país, una gran acogida de inmigrantes, que para no arriesgar la cohesión nacional deberían ser integrados y plasmados por una matriz, capaz de darles una forma total, de brindarles un proyecto no meramente material, sino un destino en el que lo espiritual y lo económico logran la misma unidad viviente. Esa matriz debería ser *la forma espiritual*²² de nuestro pueblo. Pero el inmigrante se encuentra con un acervo de alma y de sabiduría ya en decadencia, con una *forma espiritual* que ya no es la de los patricios que gestaron la patria desde los valores profundos. El contacto de esas legiones se produce no con la Argentina profunda sino con la Argentina superficial, a la que Mallea llama «visible». Hay aquí otra metáfora de raíz orteguiana: esa Argentina visible de Mallea está constituida por hombres que responden nitidamente a la descripción del «hombre a la defensiva», de Ortega. Esa Argentina superficial está integrada por hombres que han sustituido un vivir por un representar, virtuosos del fraude, atrincherados con frecuencia en las instituciones públicas, con pretensiones de figuración mundana. La Argentina visible está inficionada por estos cultores del gesto y del ademán vacuo, del aspaviento y de la insinceridad jactanciosa, por estos hombres subordinados al coeficiente de su prosperidad personal, cultores de apariencias, delirantes de la representación, hombres» sin creencia, sin sentido del valor sacramental, cristiano de la vida, (...) desprovistos del sentido de la unidad, del sentido del orgánico vivir al que todo cuerpo existente ha de atarse a fin de no perecer en su existencia profunda» (p. 61).

De este «argentino visible», piensa Mallea, todos estamos parcialmente contaminados, pero hay, sobre todo en el interior del país (y en menor medida en Buenos Aires), un hombre rico moralmente, con vocación de sabiduría, con cultura natural, con apego a la tierra, hospitalario sin cálculo de trueque, pródigo, solidario, con sentido de comunidad, con una religiosidad natural que lo une con los hombres y con todos los seres, con voluntad de crear. Estos hombres no ostensibles, profundos, subterráneos, se contraponen, *creando* a aquellos que se quedan en el *personaje* y la representación, narcisista y autodefensivos. Sólo de la Argentina invis-

22. HPA, p. 67. Observemos la semejanza de esta expresión con *la figura espiritual*, de la que habla Ortega.

ble puede surgir la *forma interior* de nuestro pueblo. Mallea enriquece el diagnóstico de Ortega desarrollando más la contrapartida positiva del argentino vicioso.

También en *La vida blanca* se vale Mallea de una metáfora orteguiana para definir nuestros males. *La vida blanca* es la imagen de un país en decadencia, de un país empalidecido. Un país que alguna vez fue concebido por un puñado de hombres como una empresa heroica pierde su querer histórico, se agacha, se postra, en crisis social, moral y política. Surgen los buscadores de apariciones y de notoriedad, que apuestan a lo trivial y a lo ficticio. El fenómeno de empaldecimiento argentino se relaciona con el afán de hacer fortuna, con el afán por el puesto público, con la separación del sentido espiritual arraigado en la tierra²³.

Más allá de las notorias relaciones de este análisis malleano con las ideas de Ortega que hemos reseñado antes, la imagen misma de «la vida blanca» tiene su intertexto generador en un ensayo del español referido a la vida incolora de las provincias españolas, si bien los defectos sociales que diagnostica allí Ortega son diferentes²⁴.

No obstante las evidentes reverberaciones orteguianas señaladas, es obvio que en los textos de Mallea confluyen otras muchas lecturas e incitaciones, desde la Biblia a Kierkegaard, desde San Agustín a Pascal, sin olvidar a Descartes, Waldo Frank, Keyserling y tantos otros, integrados por Mallea en su propia expresión.

EL DIÁLOGO ENTRE TEXTOS DE LEOPOLDO MARECHAL, ORTEGA Y MALLEA

Veamos algunas resonancias orteguianas o —al menos— coincidentes, a través de unas pocas calas en ese libro inagotable que es *Adán Buenosayres* (1948)²⁵. El título apunta ya a dos niveles de lectura: Adán es el hombre universal, pero circunstanciado («yo soy yo y mi circunstancia», decía Ortega). En el texto se ficcionalizan hechos biográficos de Marechal y de su grupo generacional, particularmente de la aventura martinfierrista. El personaje vive de la misteriosa aventura humana en sus niveles metafísicos y religiosos y en esta interpretación se entrelazan tres cosmovisiones: la cristiana de Adán, la hebrea de Tesler, la orientalista de Schultze, con sus preguntas sobre el tiempo y el espacio, sobre el ser del hombre y de toda la creación, sobre la unidad y la multiplicidad del universo, sobre el problema del conocimiento, sobre la trascendencia. Hay

23. Cf. *LVB*, pp. 59 a 65.

24. Cf. José Ortega y Gasset. «La redención de las provincias», en *Obras completas*, Madrid. Revista de Occidente. 1969. T. XV, p. 198; artículo aparecido en *El Sol*, Madrid. Severo 1928.

25. Leopoldo Marechal. *Adán Buenosayres*, 6.ª ed., Buenos Aires. Sudamericana, 1979 (En adelante: *ABA*, citaré por ésta edición).

también en este libro múltiple la expresión de una poética. Pero a nivel de lectura que ahora nos interesa es el sociólogo, la indagación por la circunstancia local de Adán, su argentinidad: Buenos Aires, la Argentina.

En éste, como en otros planos de interpretación del libro, la confluencia de lecturas en el narrador es complejísima. Si el fenómeno de la intertextualidad es —como algunos afirman— un rasgo de la postmodernidad, es Marechal un gran postmoderno anticipado. Pero nuestro análisis se limitará a anotar, en este rico diálogo de textos diversos, sólo algunas resonancias o coincidencias, ya con Ortega, ya con la recreación que de algunas ideas del ensayista español hizo Mallea. Es decir que también encontramos ecos de ecos, o reverberación de reverberaciones, o —para decirlo con palabras de Jauss—, diálogo de los receptores entre sí.

La ciudad del búho y la gallina de los primeros capítulos, la satirizada ciudad «de la industria y del comercio», contrapone a los hombres de vuelo corto y rastro (los hombres satisfechos de la factoría simbolizados por la gallina mañanera), con aquellos que velan y —como el nocturno búho— penetran con su mirada la oscuridad: las minorías ascéticas y disciplinadas de Ortega, los «hombres insomnes» de Mallea²⁶.

Pero las huellas de Ortega se descubren, sobre todo, en el libro VII del Adán *Buenosayres*, en el «Viaje a la oscura ciudad de Cacodelphia», que narra y describe un nuevo infierno literario, esta vez poblado de argentinos, un infierno abarrotado de criaturas que nos permiten la contemplación del mal y de sus efectos.

Un grupo infernal que representa vicios señalados por Ortega, es el de los «homoglobos», que purgan el pecado de la pereza: son infladas figuras, en cuyos monótonos diálogos resaltan siempre el «—Sí doctor” —Pero, ¡doctor!—”, “Evidentemente, doctor”». El narrador interpola allí un relato titulado «Invención y muerte del Personaje»²⁷, personaje hermano del «homenaje a la defensiva» de Ortega y del estéril y gesticulante «Hombre visible», de Mallea. En el relato de Marchal, el «Personaje» descende de los héroes militares y de los próceres que hicieron la Patria, pero su función se ha degradado a la de «Figurón». Este *homoglobo* representa a un cierto tipo de funcionario oficial, que se nutre del Estado y de la Patria, a diferencia de sus antepasados (en la genealogía o en la historia) para quienes «La Patria no fue... una madre, ni siquiera una novia, sino una hija que les acababa de nacer y cuya infancia se prolongaría más allá de sus muertes» (pp. 585-586).

Esta misma propuesta es desarrollada por Marechal en otro bello texto, que se relaciona con el anterior:

26. La intertextualidad con Mallea es evidente (¿y quienes velarán en la ciudad de la gallina? Sólo algunos espíritus insomnes que —junto a sus hermanos dormidos— piensan en la Ciudad del Búho, en la ciudad interior que no se ve ni se huele ni se toca» (ABA, p. 57).

27. Cf. ABA, Libro VII, Cap. IX, pp. 584-607.

... La Patria no ha de ser para nosotros
 una madre de pechos reventones;
 ni tampoco una hermana paralela en el tiempo
 de la flor y la fruta;
 ni siquiera una novia que nos pide la sangre
 de un clavel o una herida (...).

La Patria no ha de ser para nosotros nada más que una hija y un miedo inevitable, y un dolor que se lleva en el costado sin palabra ni gritos²⁸.

En otro barrio infernal del mismo círculo donde reitera su Personaje sin proceso de autoaniquilación, purgan su maldad los Potenciales²⁹, peles de celuloide, que habían inventado para sí destinos altaneros, gestos desmesurados que nunca pararon del ensueño, ya por mal diagnóstico de sus posibilidades reales, ya por pereza en la ejecución: son los argentinos que podrían haber triunfado, la Argentina que podría haber sido organizada y feliz, los que quedaron en pura potencialidad. Hay en estos episodios algunas referencias autobiográficas del autor y de su personaje Adán, pero hay también una notable coincidencia con las observaciones orteguianas de «La pampa..., promesas».

En otro círculo infernal, los viajeros encuentran al Dr. Scarpi Nuñez, hijo de un zapatero ligur³⁰ que consagró todos sus esfuerzos al ascenso económico y social de su descendiente. Se ficcionalizan aquí las reflexiones de Marechal sobre la inmigración, también expresadas en el libro II, por boca de Adán Buenosayres³¹. Estos conceptos se relacionan con aquellos de Ortega y de Mallea sobre el tema, pero con un matiz diferente: si bien el inmigrante, con su apetencia de lucro y ascenso social, ha influido negativamente sobre la escala de valores de los argentinos también, a la inversa, el país, al ofrecerles el deslumbramiento de su riqueza, los ha tentado y les ha hecho perder sus antiguas tradiciones, su ancestral sabiduría, sus costumbres, sus valores: la obra de corrupción iniciada en los padres fue concluida en los hijos, que aprendieron a reirse de sus padres y a ignorar su genealogía³². Cuando los argentinos reconstruyan su propia tabla de valores a partir de sí mismos, conciliando la ciudad terrenal con la ciudad celeste, las motivaciones económicas con las sobreeconómicas, «el país tendrá una forma espiritual»³³ (reaparecen aquí los conceptos de Ortega y de Mallea, en un evidente diálogo entre los textos de los tres autores).

28. «Descubrimiento de la Patria», en *Leopoldo Marechal*. Estudio preliminar y antología de Rafael Squirru. Buenos Aires, ECA, 1961.

29. Cf. *ABA*, Libro VII, Cap. IX, pp. 622-629.

30. Cf. *ABA*, Libro VII, Cap. V, pp. 499.

31. Cf. *ABA*, Libro II, Cap. II, pp. 164-166.

32. *Ibid.*, p. 166.

33. *Ibid.*, p. 166.

REVERBERACIONES DE IDEAS ORTEGUIANAS EN LOS ENSAYOS DE BERNARDO CANAL-FEIJÓO

Si en Mallea y en Marechal han resonado los diagnósticos y exhortaciones de Ortega relacionados sobre todo con «el hombre a la defensiva» y con la propuesta de hacer emerger nuestra mejor forma espiritual para que ella configure a las futuras generaciones, Canal-Feijóo integra en su propia ensayística más bien los conceptos de «La pampa...promesas» y la exhortación a penetrar y asumir nuestras realidades culturales creativamente, a partir de nuestro propio horizonte.

Bernardo Canal-Feijóo, profundo indagador de lo americano, nos ha legado una obra ensayística importantísima, dentro de la cual destacamos su *Teoría de la ciudad argentina* (1961) y *Confines de Occidente* (1954), reeditado en 1981 con el título *En torno al problema de la cultura argentina*³⁴.

Si bien una primera aproximación a los ensayos de Canal-Feijóo nos pone en contacto con un estilo de pensamiento complejo e intrincado, de índole arborescente, la lectura analítica nos permite descubrir no sólo una gran coherencia, sino también una organización conceptual que se expresa en polaridades antinómicas. De este modo describe:

1. La cultura litoral, por donde, según Canal «el país se evade», a la que contrapone la cultura mediterránea, que supone —según él— un diálogo con el paisaje y la historia.

2. Las tendencias argentinas a la evasión y al vuelo, a las que contrapone la exhortación a asumir lo próximo y concreto, por medio del movimiento hacia adentro y hacia abajo: «Espacio, ande el sol se esconde,/ tierra adentro hemos de tirar./ Algún día hemos de llegar,/ después sabremos a dónde», idea que completa con la frase de Nietzsche: «Donde estés, cava profundamente, debajo de tus pies está la fuente».

3. El desarraigo, frecuente en el argentino, al cual contrapone la exhortación a un arraigo con apertura universalista.

4. La actitud cultural receptiva y mimética, a la que contrapone la exhortación al coraje y sinceridad para asumir la propia identidad³⁵, inclu-

34. Bernardo Canal-Feijóo, *Confines de Occidente*, Buenos Aires, Raigal, 1954; *En torno al problema de la cultura argentina*, Buenos Aires, Docencia, 1981, 123 p. (En adelante *CO* y *ETPCA*, las citas pueden ubicarse con idéntica paginación en ambos libros). Para elaborar la síntesis sistematizada del pensamiento de Feijóo que aquí enuncio, me baso también en sus libros: *De la estructura mediterránea argentina* (1946), *Teoría de la ciudad argentina* (1951), *Fundación y frustración en la historia argentina* (1978) y en sus capítulos: «Cultura popular y populismo» (en Osvaldo Bayer y otros, *El populismo en la Argentina*, 1974) y «El cefalópodo nacional» (en Carlos Astrada y otros, *Claves de historia argentina*, 1688). He realizado una síntesis más amplia del pensamiento de Canal-Feijóo en mi artículo: «Los problemas de la cultura argentina según Bernardo Canal-Feijóo», en *Revista de Literaturas Modernas*, Mendoza, FFL, UNCuyo, T. XVI, año 1983, pp. 161-167.

35. Cf. *CO* o *ETPCA*, p. 27.

yendo la raza y la tierra americana: hemos de ser basto algarrobo arraigado, antes que evasivo junco nominalista y retórico³⁶.

Las tendencias abstractivas y nominalistas que predominan en la cultura argentina, a las cuales contraponen la orteguiana exhortación a penetrar cosas y realidades con la inteligencia y a darles territorio cultural por medio de la palabra.

Como anticipábamos, en ese riquísimo diálogo de variados textos con las propias posturas vitales e ideológicas, que es la obra de Canal, los ecos de Ortega que se escuchan con mayor nitidez son aquellos que exhortan a penetrar con rigor nuestras propias cosas y a reemplazar la actitud receptiva, de afuera adentro, por la más filosófica y creativa, de dentro afuera: «¡Argentinos, a las cosas, a las cosas!»³⁷.

Hay también una reverberación del diagnóstico orteguiano: el argentino está fuera de sí mismo, en perpetua deserción, en el futurismo concreto, el de cada cual, ni siquiera en una ideal utopía colectiva.

Canal recoge esta idea y la matiza: la voluntad de ser el argentino puesta en el futuro es una esperanza *abstracta*, que no parte de una semilla, que no tiene raíz concreta en la historia, en la raza, en el idioma, en la fe, o en la tierra³⁸. Otros países buscan la identidad hacia atrás y hacia abajo. La Argentina, hacia adelante, a través de proyectos, no colectivos sino individuales. Canal complejiza el diagnóstico orteguiano con dos o más matices: critica el proyecto de los argentinos basados en conceptos o palabras más que en la correspondencia de éstos con realidades³⁹. Por otra parte, señala que la evasión o deserción argentina no sólo se realiza en el tiempo, hacia el futuro, sino también en el espacio: no acabamos de ser donde estamos, no asumimos nuestro propio horizonte, nuestra propia circunstancia cultural⁴⁰.

Si bien Canal considera que el ser americano ha sido mejor comprendido por las intuiciones de ingleses y de alemanes que «por el genio español», su diálogo textual con Ortega o con las reverberaciones del español en otros ensayistas argentinos, es indudable.

Las calas que hemos realizado en los tres escritores seleccionados son prueba de un fecundo diálogo de textos. Ampliado, matizado, refutado, criticado, precisado, recreado por éstos y por otros escritores argentinos, el pensamiento de Ortega sigue resonando en nosotros, los argentinos de hoy, todavía vivo, todavía imbuido de un fervor profético, aunque muchas circunstancias hayan cambiado en nuestra realidad actual.

«La faena de hacer ver a los demás las cosas mismas —decía Ortega—, es inexcusablemente lenta»⁴¹, y se comparaba con Alonso Quijano, cuan-

36. Cf. *Ibid.*, pp. 63-64.

37. Cf. *Ibid.*, pp. 15 y ss.

38. Cf. *Ibid.*, pp. 92-94.

39. Cf. ideas semejantes en *LVB* de Eduardo Mallea, pp. 90-91.

40. Cf. B. Canal-Feijóo. *Op. cit.*, pp. 15 y ss.

41. «Meditación del pueblo joven», en *MPJ*, p. 56.

do decía, ya viejo y molido de palos infinitos: «Podrán los encantadores quitarme la ventura pero el esfuerzo y el ánimo, imposible!»⁴².

comparaba con Alonso Quijano, cuando decía, ya viejo y molido de palos infinitos: «¡Podrán los encantadores quitarme la ventura pero el esfuerzo y el ánimo, imposible!»⁴².

«¿Cuál será el íntimo estremecimiento de la curva al sentir que esa tangente [el extranjero] la toca un instante y en un punto?», se preguntaba Ortega. Mis reflexiones han intentado responder parcialmente a esa pregunta.

GLORIA VIDELA DE RIVERO

CONICET. Universidad Nacional de Cuyo. Argentina.

42. *Ibid.*, p. 57.